

PRIMERA CLASIFICADA



RELATOS DE UN LOCO

Irene Canalís Rey-Maqueira (Baleares)

11 de diciembre

Se me está haciendo sepulcralmente insoportable. Esos fríos ojos no dejan de mirarme. Se me eriza el pelo cada vez que esa mirada se clava en mi rostro. No puedo más, quiero que huyan, que traspasen las paredes y viajen a un lugar lejano, remoto. Sin duda alguna, ese par de pupilas flotantes que me producen escalofríos son lo que menos me gusta de esta habitación. Son incluso peores que la música. La música proviene de un muñeco, un oso de peluche con un tirador en la parte trasera; cuando tiras, la música ya no cesará nunca, jamás. Me pregunto quién tiró de él. Tal vez fue mi gran amiga, la cebra que no tiene cola. También vive en esta habitación. Su nombre es "Cebra" pero no debe pronunciarse de la misma manera que una persona dice cebra. Hay que hacerlo con un suave tono de voz que exprese cariño y otras cosas bonitas: "Cebra". Es mi mejor amiga, ella me comprende, es la única que lo hace. Es muy "cebriense" y ligeramente "humanoide". Ella ruge cuando está contenta y maúlla cuando está triste. Su pasatiempo favorito es pintar cuadros, por eso mi habitación está llena de ellos. El tercer cuadro empezando por la derecha me recuerda a un girasol. Los girasoles son malvados. Egoístas. Perversos. Cobardes. Y encima estúpidos, pero al menos son...

Mi pasatiempo favorito es escribir. Escribo continuamente. Escribo en mi diario, pero sobre todo escribo cartas, se las dirijo a mi querida amiga Nostalgia. Le relato historias del pasado, le narro mis aventuras, así como mi vida cotidiana.

Los gélidos ojos no dejan de mirarme. Esta noche tampoco voy a poder dormir... voy a escribir una carta.

Querida Nostalgia:

Hoy te voy a narrar otra de mis tantas experiencias. Sé que te dará envidia. Siempre quisiste vivir aquello que viví yo. Pero te encanta que te hable del pasado. Me atrevería a decir que es la razón por la que vives.

Yo tenía trece años, para entonces yo era mi propio dueño y me olvidaba constantemente de tiritar los días de invierno. Estaba en el patio de mi colegio, observando a las hormigas cuando una de ellas salió del subsuelo, dejando tras ella un agujero enorme. Luego el maldito búho me empujó hacia adentro. Mientras caía por ese agujero negro perdí mi esencia, pasé de ser nadie a ser nada, hasta que mis pies tocaron el suelo. Un suelo que nunca me había parecido tan firme, tan limpio. Me encontraba en una habitación blanca sin puertas ni ventanas. Permanecí allí varios días hasta que me fijé en que en un rincón de la habitación se hallaba un, anormalmente blanco, ratón.

-Hola ratón.

-¿Quién eres?

-Ramón.

-¿Qué quieres?

-¿Sabes cómo puedo salir de aquí?

-Jamás me he ido, pero tal vez por la puerta que pone "salida"-.

Dirigí mis ojos hacia donde él señalaba, y allí estaba, una puerta roja, elegante y traidora, con la palabra "salida" grabada en ella. No me hice preguntas, tal vez por el miedo a que se desvaneciera así como había aparecido. Simplemente la atravesé.

Allí encontré a un hombre, nos hicimos amigos. Su nombre era Pedro, un tipo curioso. Llevaba un jersey marrón, unas gafas y una bolsa de pipas siempre encima. Tenía miedo a quedarse calvo, era su mayor temor. Respecto a su profesión, era pintor, al igual que "Cebra". Me enseñó sus cuadros, los tenía en un hotel. En cada habitación se hallaba un cuadro. Cada cuadro era una experiencia. Y cuando había admirado las 315 experiencias más importantes de su vida, me dijo:

-Ramón, queda una. La habitación 316. Pero nunca he conseguido entrar en ella. Ayúdame a abrirla.

Fuimos hasta allí. Pedro estaba cuatro pasos detrás mío cuando puse la mano en el pomo para sorprenderme al ver que se abrió tan fácilmente. Entré, y cuando me giré para ver si Pedro me seguía, la puerta se cerró. No podía abrirla. Pedro estaba fuera.

-¿Ramón estás allí? ¿Qué ves?.

Había un marco. Vacío, liso, rematadamente sencillo e incoloro. Entendí que Pedro aún no había vivido la experiencia 316. Cuando la viviera, podría entrar para pintarla. No le contesté. Le dejé llorando allí fuera. Aún no sé cuáles fueron mis motivos. Y entonces, apareció una tenue idea. La cual se fue alumbrando hasta cegarme con su luminosidad. No sé cómo lo supe. Pero cuando atravesé ese marco, me encontré de nuevo en el colegio.

Gracias querida Nostalgia, por leer mis relatos.

Infinitos recuerdos,

Ramón.

12 de diciembre

Esta mañana alguien ha tocado a la puerta.

-¡Adelante!

-Buenos días Ramón, aquí tienes el desayuno y tus medicinas.

-Déjalo en la cocina.

-Aquí no hay ninguna cocina.

-¿Acaso no has probado a acceder por la puerta que pone "cocina"?

-Voy a tener que llamar a Marta, estate quieto, no hagas tonterías.

Marta es mi futura esposa. Se enamoró perdidamente de mí y siempre se me acerca con no sé qué excusas de "psicóloga". Es tímida la pobre. Hacemos como todas las parejas, ella me da consejos, me hace preguntas, me da medicinas...

Entró por la puerta y me soltó su rollo habitual. Qué bien le queda esa bata.

-Me han dicho que has vuelto a empeorar. Estabas avanzando.

-Buenos días querida. ¿Deseas dar un paseo? Tengo un nuevo avión. "Cebra" nos acompañará.

-¡Y más tonterías! Ya habías mencionado a Cebra alguna vez.

-¡Cebra no! "Cebra". Es mi mejor amiga. No tiene cola.

-Dibújala, veremos lo que significa y diagnosticaremos el motivo por el cual imaginas eso. Tómate las medicinas. Volveré en breve. Reflexiona.

¿Reflexionar? ¿Yo? Si esos ojos no dejan de mirarme. Me matan, me arrebatan el alma. Cojo la pluma de escribir cartas, folio en blanco.

Querida Nostalgia:

Estoy harto. Espero que estés bien. Pero yo no, yo estoy harto. Son los ojos, la mirada, se me clava encima. Me desnuda y me congela. Marta dice que son remordimientos. Dice que el hecho de que yo vea los ojos del jardinero al que maté es un sentimiento de culpa. Pero, ¿cómo voy a arrepentirme de haberle arrebatado la vida a un hombre que sembraba girasoles? Los girasoles son malvados. Egoístas. Perversos. Cobardes. Y encima estúpidos, pero al menos son...

Marta dice que debo centrarme. Constantemente repite que tengo suerte de que hallaran mi estado psíquico y de estar en este centro y no en una cárcel. Dice que debo portarme bien. Y cuando se enfada me llama loco. Marta dice muchas cosas, yo digo muchas otras. Pero las cosas son cosas y en cosas se quedan. "Cebra" está maullando. La música acelera. Los ojos lloran, no sé si es euforia o felicidad, ni la diferencia que existe entre ambos términos. Estoy muriendo, muero atormentado, una gélida mirada está destruyendo los desvanes y buhardillas de mi corazón en ruinas. Lloro. Mi corazón escupe. Mi letra tiembla. Lloro y escribo. Estoy muriendo en la habitación de este sucio manicomio. Y los girasoles son malvados. Egoístas. Perversos. Cobardes. Y encima estúpidos, pero al menos son...

Este último aliento es para ti, querida Nostalgia. Porque Marta es pequeña, enana, diminuta. Demasiado pequeña como para existir. Y yo en verdad, te quiero a ti. No me olvides. Sé que no lo harás. Es imposible. Tu mayor virtud siempre fue la de hacer que el tiempo siempre sea inmortal. Recuerda que mi nombre es Ramón, me gustan las galletas, odio la rutina y mi pasatiempo favorito es escribir. En especial cartas. Acuérdate también de que los girasoles son malvados. Egoístas. Perversos. Cobardes. Y encima estúpidos, pero al menos son...

Los ojos me miran por última vez, están eufóricos, felices, helados. Hasta me parece oír sus gritos victoriosos. Lo han conseguido. Ya no tienen sed. Ya se han vengado. De repente, la música para. Adiós Nostalgia, hasta siempre.

PD: Los girasoles son malvados. Egoístas. Perversos. Cobardes. Y encima estúpidos.
Pero al menos son.